



*entre los cirios de cera,
y entre las flores del nardo.*

Recuerdos de mi niñez me trasportan a una Granada exenta de circulación en la tarde del Jueves Santo y en el Viernes Santo. El Jueves Santo, después del almuerzo, que solía ser potaje de garbanzos y bacalao con tomate, el centro de Granada se convertía en un ajetreo incesante de mujeres de mantilla y de varones con traje oscuro, que querían pasear por las calles su luto y visitar los monumentos de Santo Sacramento. Tras el Concilio, se trasladó el ceremonial a la mañana del Viernes Santo, pero ha desaparecido, desgraciadamente, ese rito ancestral, tan bello y tan nuestro, de las mantillas en la tarde del Jueves Santo.

El Viernes Santo es un Viernes muy especial en Granada. No hay ciudad que acuda, como Granada acude a las tres de la tarde al Calvario del Campo del Príncipe. Todas las calles son ríos humanos que buscan la Cruz del Cristo de los Favores. En Granada Cristo no muere solo. La Cruz de los Favores aparece clavada sobre un tapiz humano de infinito arrepentimiento. Toda Granada está suspensa, como una clepsidra de lágrimas que llora la hora nona, en la que Dios se hace ausencia.

Tres toques de cornetín y mientras doblan las campanas de San Cecilio, hasta los pájaros enmudecen en los cipreses de los cármenes de la Antequeruela. Todo el Campo del Príncipe es silencio postrado ante el Cristo de los Favores, Cristo Santo al que aprendí desde niño a ir buscando.

*Y yo, tu cruz voy buscando;
y buscando los Favores
de tu Poder Soberano;
y voy buscando esa luz,*



*que irradias desde tu paso,
cuando pasas por Fortuny
y todos nos rezagamos,
para ver el divino rostro
que mis ojos van buscando.
Cuando te alza el capataz,
quiero que se acalle el mundo,
que el silencio voy buscando,
y que no respire el cielo,
para escuchar las pisadas
que llevan tus costaleros.*

Y pasa el Cristo de los Favores sobre un trono de llamas retorcidas y barrocas de oro fino, deslumbrando el Viernes Santo con esos candelabros altos, para envolver su muerte y elevarla al firmamento y, tras su paso, la Cuesta del Realejo se empina hasta el mismo cielo, haciéndose camino por donde tanta Misericordia y Gracia de Dios nos llega, que se hace agua santa a sus pies en el pilar del Realejo, junto a su retablo cerámico.

*Todo el Realejo retumba
al vibrar de las cornetas
cuando la Misericordia llega,
y parece sonreír
entre los ramos de cera,*



*cuando lleva tanta pena.
Y cuando va por Girones,
ya Granada se le entrega,
y en los rizos de su pelo
se enreda la Luna llena,
para iluminar su rostro
de tan coronada pena,
y parece que su palio
va cubriendo su realeza,
porque del Realejo eres
Madre, Señora y Reina nuestra.
¿Por qué te hizo Granada,
Greñúa, con tanta pena?*

Ya el Genil es un reflejo dorado de la luz Viernes Santo que agoniza. Ninguna ciudad supo iluminar el postrer suspiro de Jesús como lo iluminó Granada, allí donde el Darro, el Genil y María del Mayor Dolor unen sus llantos, cuando Cristo está expirando.

Antes las hogueras, desde el cauce del Genil, elevaban sus llamas al cielo como lenguas de fuego, que con su crepitar y ardiente vaho emocionan el aire de la tarde, para que, entre ellas, pase por el puente el Cristo Expirante.

¡Cómo llora la Virgen del Mayor Dolor! Soberana del Supremo Dolor, ninguna llora como tú, tus lágrimas son cinco conmovidos luceros, que regarán de pena las calles el Viernes Santo.

Entreabiertos de suspiros tiene sus labios.